

Lo más triste no es que se hayan perdido los recuerdos en el ámbar de su memoria, lo más triste es que ha perdido su mirada, esa mirada de saber las cosas, de tener un hilo en cada costura de su imagen que daba armazón a su existencia, a la suya y a la de todos nosotros.

Ha desaparecido esa mirada mágica que rascaba los puntos cardinales y hacía servilletas con las nubes, y te calaba hasta el fondo del alma y te decía “no me mientas, rapaz, no me mientas, que una es muy mayor para que abusen”. Y ya tenías que contarle tu secreto, o mejor, se lo entregabas para que lo custodiase como si fuese una joya irrepetible. Con ella estaría a salvo y se revalorizaría, eso seguro. Yo recuerdo haberle entregado pequeñas confianzas sin valor, bagatelas de la edad, naderías sin importancia; y recoger, al cabo de unos meses, o de unos años, un rédito de lealtad inconmensurable, una alcancía de exclusividad sin precio, un tesoro de certezas. Pero ahora la miro frente a frente y, aunque no me rehúye las pupilas, parece que mira a mi través, que yo fuera de plástico transparente, que ella buscase en otra órbita lejana y yo representase la fotografía de una interferencia, un obstáculo de carne absolutamente desconocido que hubiese que atravesar sin más remedio para llegar a una pradera, o a un brozal, o a un lago, o al lugar inexistente y extraño que le deparaba su instinto.

-¡Ya viene el alemán, ya viene el alemán! -creo que fueron sus últimas palabras congruentes antes de sumirse en el vacío, antes de volcar todas sus pertenencias en el barco del olvido y hacerlo navegar por un océano sin retorno. Ella iba sumando conjeturas y retazos de conversaciones entre nosotros y los doctores, en las clínicas, con sus salas de espera y sus enfermeras cotillas... tras las primeras ausencias de memoria. Y todo desembocaba en un alemán, un tal Alzheimer, el dichoso alemán al que se refería, aquel señor que iba raptando una a una las piezas del puzle. Primero las que ocupaban poco espacio, luego las fichas mayores. Al final se quedó sin material al que uncir su experiencia, sin bagaje del que poder disponer para hilvanar eventos y, claro, sin algo de donde partir, sin la referencia de unos datos objetivos, cualquier viaje es un intento absurdo y, por supuesto, un desasosiego que no conduce a nada.

A los pocos días fue cuando la miré a los ojos y solo vi vacío, miedo, soledad... o a lo mejor nada de eso basculaba todavía dentro de sus pupilas, bien al fondo, y era yo mismo el que, presa del pánico, le atribuí tal cohorte adelantándome al tiempo. ¡Habría que hacer algo!, es lo más urgente que pensé. ¡Ya no puede seguir viviendo sola, no puede! Pero entre este estremecimiento y la consiguiente confirmación pasaron apenas dos semanas, quizás tres.

Los vecinos me alertaron enseguida de que se había perdido por el pueblo, un pueblo chico en el que nadie se había perdido jamás en sus quinientos años de historia porque es una aldea que se acaba muy pronto, porque todas sus calles dan a los sembrados, a las higueras, a los almendros, a los olivos; de hecho las calles y las aceras puede decirse que eran, que son, trozos de adoquines en mitad de los barbechos, una pauta gris en el verde infinito de los olivares, una mota de polvo color teja y alquitrán en el infinito peine de las hileras de árboles. Ella no sabía a dónde ir y se entretuvo en coger amapolas de los campos contiguos porque, a lo mejor, el rojo le llenaba el cerebro de alguna calidez antigua y creyó que necesitaba subir su temperatura para descongelar los recuerdos. Aquella tarde le llené una maleta de cosas imprescindibles y me la traje a mi casa, a la ciudad de las plantas domésticas, al piso de las habitaciones chicas en el que todo el mundo va con prisa, y me la traje como el que roba una mascota con la que sabe que no puede quedarse para siempre.

Llamé a mis hermanos llorando, sin poder contenerme, y les dije: - ¡Mamá ha perdido la mirada por el maldito alemán, el maldito alemán...! – y los dos comprendieron enseguida el alcance de los hechos. Luego miré en internet para comprobar que en verdad Alois Alzheimer era teutón y, en efecto, lo era. Aunque no me produjo ningún alivio saber su procedencia, al menos podría maldecirle con el gentilicio correcto, a sabiendas que el pobre científico por su aportación a la Medicina no merecía ser tratado de esta forma. El doctor Alois me hizo el favor de servir para canalizar mi ira en su persona por dar nombre a la enfermedad y así poder desaguar tanta congoja.

Entonces aún sabía pequeñas certezas, ella, mi madre. Sabía, por ejemplo, mi nombre, que yo era su hijo mayor –me decía siempre “mi mayor”- dónde vivía, que trabajaba en una oficina del gobierno, que sus nietos estudiaban música y jugaban al fútbol en un campo de césped artificial... pero la montaña rusa en la que se embarcaron sus neuronas pronto alcanzó el vértigo y a cada olvido le seguía un brochazo de tinieblas en el telón de sus iris. Lo más conveniente era adecuar el espacio a sus nuevas necesidades que, paradójicamente, se iban reduciendo en la misma progresión con que crecía nuestra insignificancia, nuestro pánico.

La decisión era cruel y dolorosa, pero no quedaba más remedio que rodearla de cuidadores profesionales que la atendiesen y que procuraran ralentizar el deterioro, si es que es posible sujetar con pinzas de la ropa tal avalancha de desolación y caos; porque yo, al principio, esperaba que sus vivencias estuviesen cambiadas de sitio dentro de su cabeza y que sólo habría que volver a encontrarlas, como en un extraño juego de escondite; automatizar un nuevo rumbo, una manera de moverse entre células nerviosas; reorientar esa especie de buscador por satélite que nos instalan cuando niños y todo volvería a colocarse en su estantería correcta, a la estantería de

donde ella podría tomarlas y volverlas a dejar en reposo cuando le viniese en gana, cuando las necesitase.

Lo cierto es que después de visitar varios lugares especializados en *el alemán*, quedamos desolados y sin fuerzas para seguir. Comprobamos lo que queda del ser humano cuando se le desposee de sus vivencias, de sus anclas, de sus puntos de apoyo. Y nuestra madre había emprendido el periplo del que es imposible regresar. Progresivamente olvidaría el lenguaje, las funciones fisiológicas, masticar, hablar... nos dijeron. Hasta desaparecerían de su hábitat los retazos de sus sentimientos y se iría convirtiendo en un vegetal rosado, blanquecino, pálido, ausente... en una cáscara vacía, que es seguramente lo que yo vi dentro de sus ojos cuando miré por sus escotillas preciosas y gastadas aquella tarde y no descubrí ningún atisbo de recuerdo en sus repisas de miel.

Por fin encontramos un sitio que nos resultó emocionante por pequeñas naderías, como una enfermera que le acariciaba el cabello a una anciana mientras le pasaba un peine delicadamente, o un médico que le hablaba, sin voces, cogiéndole la mano, a un señor sentado en un banco del jardín. Me imaginé a mi madre entre aquellos abedules y celindas del pequeño paraíso con que contaba la residencia y no hizo falta que intercambiásemos palabras los tres hermanos para decidir que allí se quedaría. Aquel lugar nos gustaba para ella.

Cuando nos despedimos, noté cómo se arrancaba de cuajo dentro de mí un nudo de emoción y tuve la sensación más grande de inutilidad y de fracaso que he sentido nunca. Me tragué el nudo como si fuese una sopa de pan hirviendo que va arramblando la garganta con su volumen atroz y quemando las células que roza. Intentamos disimular nuestras lágrimas cuando le dijimos adiós desde el coche. La dejábamos a su albedrío, como un barco de papel en un arroyo salvaje, entre absolutos desconocidos.

Ella no era consciente de su situación y, sin embargo, cuando le dirigí el último refilón de mi mirada intentando atar su rostro a mi silencio, comprobé que nos seguía con su vista, y que, tal vez en un rictus inconsciente, nos había dedicado lo que a mí me pareció un guiño cómplice, aunque quizás fuera un acto reflejo motivado por una ráfaga de sol tardía. Y yo interpreté aquel rictus, tal vez, como digo, involuntario, como su anuencia a nuestra decisión final de haberla depositado en aquel lugar tan agradable, al menos a primera vista, al menos en comparación con los otras ofertas del mercado.

Sólo pudimos visitarla una vez más antes de que muriese y no fuimos capaces de entender aquella evolución tan urgente, aquella prisa de Dios por querer ganarla tan pronto a base de hacerle perder todos sus rasgos sin ninguna misericordia.

Ahora siempre que pienso en ella, con el bálsamo del tiempo sobre las úlceras, lo único que rescato del precipicio en el que se ha convertido su recuerdo, es aquella mirada mágica, aquella mirada que rascaba los puntos cardinales, cuando era niño, y me hacía servilletas con las nubes.

FIN